

LA CONCEPCION DEL MUNDO EN LA OBRA DE JORGE GUILLEN

JORGE Guillén es poeta de la vista. Todos los que han estudiado la poesía de Jorge Guillén están de acuerdo en que la sensación predominante en su poesía es la visual. No es lo mismo ser poeta de la vista que poeta del oído. El poeta del oído se debate en un mundo que se le deshace de entre las manos. Las cosas se le esfuman rodeadas de niebla. Su concepción poética del mundo es temporal: las cosas al nacer llevan en sí enraizadas el no ser. Las cosas pasan; no son, devienen, y el poeta quiere siempre la esencialidad. Un pesimismo y una melancolía recorren su obra. El recuerdo pesa sobre el poeta. El recuerdo en A. Machado es un momento aprisionado, pálido, pero aún tembloroso que nos entrega para que veamos lo que fué, y podamos soñar con él.

Sobre las sensaciones visuales es más fácil construir una concepción del mundo espacial, en la que aparece el mundo perfectamente articulado en el espacio; y las cosas ocupan su lugar, el que deben, enlazadas por lazos de armonía. Mundo poético el de la vista, en el que suele reinar el optimismo y en el que el tiempo queda escamoteado por el presente. El sueño y el recuerdo, su fundamento, se esfuman.

No hacen falta muchos ejemplos para probar que Guillén es poeta en el que las sensaciones visuales predominan. El mismo ha dicho que «el poder esencial lo ejerce la mirada», que «vivir para admirar», «mirar para admirar». Luz, alba, aurora, claridad, etc., y colores. De los co-



lores los más abundantes el azul, el blanco, el verde. Es decir, los colores que con más abundancia se nos dan a los ojos; el azul que domina cielo y mar; el blanco que es luz del sol y fusión de colores; el verde del campo y los árboles.

El primer poema de su obra es el amanecer. Su obra empieza cuando el sol vence a las tinieblas, cuando el día sucede a la noche. El alma se dirige a los ojos y choca:

*...¡Luz! Me invade
todo mi ser. ¡Asombro!*

Asombro ante la claridad del día, ante la luz que centelleante va creando, cincelandos los objetos. Y de esta manera se van presentando las consistencias que se disponen en cosas. Guillén se pregunta si ha habido antes un caos. Ello, porque ahora reina la seguridad.

La luz pone ante el poeta un mundo. Un mundo de realidades concretas. Y ¡qué júbilo! ¡Cómo le hacen cantar estas «maravillas concretas»! Entonces es cuando Guillén se propone no sólo cantarlas después de verlas, sino decirlas, esto es, nombrarlas. Los nombres son las cosas mismas:

*Albor. El horizonte
entreabre sus pestañas
y empieza a ver. ¿Qué? Nombres.
Están sobre la pátina
de las cosas.*

Las cosas ahí, estáticas, perfectamente lineales, perfectas. ¿Qué hace el poeta con ellas? ¿Qué es poesía? Plenitud del ser en la fiel plenitud de las palabras.

Recordemos al otro poeta que hemos contrapuesto a Guillén. Para A. Machado, poesía es la palabra esencial en el tiempo. El verbo es lo esencial, lo que mejor expresa la temporalidad, la fluencia del ser. ¿Cómo definir? ¿Cómo dar una definición de las cosas si son ríos siempre en movimiento hacia el mar, algo que se escapa del momento, del ahora? Para Guillén el ser es, está, perfecto, ante mí: el nombre lo define. Las poesías de Guillén se pueden titular perfectamente: perro, jardín, beato sillón, el infante, etc. Al leer el poema de Guillén se ve inmediatamente la cosa que responde al nombre. Mundo de cosas concretas, rea-



lísimas, el de la primera parte de *Cántico*. Cosas estáticas, resaltadas por la luz y recreadas diariamente del abismo de la noche por ella. Cuenta aquí, el instante, el presente.

No, no hay peligro de que se anegue el ser en el no ser, porque el ser es y basta:

Tanto presente, de verdad, no pasa.

Tenemos pues, un mundo de cosas concretas, geométrico, aprisionado en nombres y en poemas. Pero el mundo no es sólo ese mundo y Guillén lo sabe. ¿Y la vida? ¿y el movimiento?

Guillén es uno de los poetas que más importancia ha dado al impulso elemental. Cantor de la vida, de las fuerzas naturales, de la potencia vital de la naturaleza, de la fuerza del amor. Tanto es así que se le ha podido comparar con Aleixandre. Dámaso Alonso lo ha hecho. Sin embargo, Aleixandre niega que el paraíso sea para el hombre. En su poesía el hombre es un hombre desterrado. El poeta vislumbra una sombra del paraíso y en el anhelo se le escapa el llanto. En Guillén, no: el mundo es del hombre. Un optimismo exaltado recorre la obra del poeta.

¿Qué tiene que ver, entonces, este vitalismo, esta fuerza cósmica con aquel estatismo que hemos señalado al principio? ¿Tiene algo que ver la perfección del círculo, perfectamente cerrado, sin posibilidad de un punto más de perfección, con ese movimiento general de los seres? Pues el movimiento es de suyo imperfección. Moverse es tender a algo que no se posee.

Guillén es cantor de la forma, de la existencia, del acto. La actualidad es la palabra más suya y con ella define la perfección que ve en los seres. Para A. Machado, en cambio, no había nada en acto, todo era devenir:

*Caminante no hay camino,
se hace camino al andar*

La palabra «ser» la emplea Guillén en tres acepciones importantes: el ser que existe; el ser que está; el ser que actúa. La existencia es el mismo ser siendo. No concibe el poeta un ser posible; el ser que no existe con existencia real, ahora, concreto, ante mí, no es. El estar es más que ser; es ser entre los seres: las cosas son sólo, y están cuando el hombre se introduce entre ellas; el hombre es y está. El acto es la perfección del ser.



Pero es que Guillén sabe que la vida es perfección también. Es la vida movimiento que empieza y acaba en el mismo ser que lo produce; es lo que los filósofos llaman movimiento inmanente. Guillén canta el movimiento inmanente, el movimiento del ser que no es más que la perfección del propio ser actual manifestándose perfecto.

Por eso, junto a la perfección del círculo, canta a las fuerzas de la naturaleza. Todo lo que es y aparece ser vivo: los árboles, los animales, al niño que tiene la perfección del hombre en sí mismo y cuyos movimientos no son más que un despliegue de ella.

La creación es un todo orgánico en pleno crecimiento hasta manifestar la plenitud, la perfección, que, por otra parte, estaba implícita virtualmente en el mismo ser que se exterioriza pleno.

La misma técnica de creación de sus obras manifiesta esto. Ha escrito un solo libro que progresivamente ha crecido como un ser vivo. Y hasta la misma técnica del verso: el encabalgamiento de los versos acentúa la impresión de bloque continuo.

Perfectas las cosas, perfectos los impulsos vitales que son despliegue de perfección, el mundo es un todo perfecto. Es más, es un todo uno.

«Actualidad infinita dura creando» ha dicho Guillén. Un mundo absoluto, perfectamente ensamblado y por tanto uno, parece deducirse de la lectura de la poesía de *Cántico*.

*Todo en su luz naciente se aligera.
Y prorrumpe de nuevo el gran enlace.*

Una fuerza cósmica mantiene todo en tensión:

*El mundo está rodeando
con sus fuerzas—aunque enorme
por todas partes se aleje—
los caminos de aquel monte,
hoja tras hoja en el viento
los follajes de aquel bosque,
y uno tras otro los pasos
aquellos...*

Esto se le representa con tal evidencia que no es posible dudar:

*No hay discordia posible.
El acaso jamás en este círculo
puede irrumpir, cruzir.*



Guillén canta al aire que lo abraza, lo circunda todo, saltando, haciéndose luz, besando las cosas. A las llamas que en la noche luchan con las tinieblas interrogando los abismos. A la tierra y al agua. Los cuatro elementos de Empédocles que utilizaron los estoicos.

El mundo forma un bloque:

*Alrededor, haz de vivaces
vínculos, vibran los enlaces
en las nervaduras del orbe,
tan envolventes...*

El ser, sólo el ser en la poesía de Guillén. La nada no tiene cabida. La nada no es más que eso, nada. Un mundo helénico, el mundo de *Cántico*. Un mundo eterno en el que todo está en orden, manifestando su gracia al hombre que admira tanta maravilla. Fuerzas elementales, legítimas, que hay que dejar desbordar pues es cumplimiento de su ley. Un mundo del desnudo que no debe ser del artificio. El hombre gozando este paraíso, tactando las cosas y entregándose a ellas por la otra fuerza cósmica que es el amor:

Llegó el amor y prorrumpe de nuevo el gran enlace

Amor que consuma la plenitud. Mundo helénico de maravillas concretas, armonizando todo el gran todo. Mundo fundamentado en sí mismo según ley esencial.

Y me atrevería a afirmar la influencia de la concepción estoica del mundo. Aparece como un ímpetu vital, un aliento como respiración húmeda se introduce entre las cosas y las da consistencia, amalgamando las partes y actuando de ley universal. Hábito universal al que no se escapa nada.

Pero en Guillén hay goce de realidad, de la existencia, cosa que no hay en el estoico. En este sentido un matiz renacentista se deja sentir por las páginas de *Cántico*.

En este mundo ¿qué puesto tiene el hombre? Por de pronto es un ser más. Pero el hombre es ser y es más que ser, está: está entre las cosas. La objetividad de las cosas no es problema:

*La realidad me inventa,
soy su leyenda. ¡Salve!*



Sin las cosas el hombre no sería, y sobre todo no estaría, no se sentiría ser. Gracias a las cosas el hombre se siente ser:

*¡Oh supremo paisaje!
por él voy despertando*

Pero el estar supone una relación entre el yo y las cosas. Por una parte las cosas son, serán, sin nosotros. Por otra parte parece que las cosas necesitan del hombre. La cornisa es bella porque yo la miro. La tarde es libre porque yo lo soy. De esta manera se establece una adecuación entre el hombre y las cosas.

Mas el hombre debe someterse al mundo. El mal del mundo es no reconocer la ley:

*Sumiso a ese fluir de voluntad,
escucho.
.....
Convivo
con esta convergencia de energías
.....*

Guillén se siente un ser entre los seres. Cuando la luz descubre los objetos, el hombre siente su ser que flota, nada sobre sí mismo. Cuando el hombre se mira a sí mismo, mala cosa. No hay salud, es un hombre enfermo. Lo que cubre el ser a la consideración del hombre es el dolor, la enfermedad, las tinieblas, la noche:

*¿Qué es esto?
¿Tal vez el caos?
—¡Oh!,
la niebla nada más, la boba niebla,
.....*

Guillén ha llamado al dolor sumo escándalo, el intruso:

*Padecer, sumo escándalo.
¿No me envuelve en discordia
bárbara con mi esencia,
mi destino, mi norma?*



Sin embargo, para Guillén, la niebla, el dolor—intrusos—son sólo accidentes en la sustancia, no sustancia misma.

*No hay nada accidental que ya me asombre,
la esencia siempre me será prodigio.*

Una vez que el dolor se va, el hombre puede volver a ser el que era:

*El intruso partió. Puedo ser donde estoy.
Ya nada me separa de mí, nada me arroja
desde mi intimidad contra mi propio ser.*

También tiene el día su párpado, sus pestañas, como el hombre. Las cierra y ya es la noche. La noche es como el telón de fondo del espectáculo diario. Pero sabe Guillén que aunque las pestañas le esconden un mundo, ese mundo late sobre él. La noche llena de recelo:

*Tiembla el reloj sin paisaje.
¿Hacia dónde
va una hora sin un mundo
que la asombre?
El tiempo quiere lugar,
rechaza la hondura informe,
no acierta a vivir sin fondo
que enamore.*

Una vez rendido al sueño el cuerpo, se suma entre las cosas. Pero el orden eterno del mundo está velado por esos centinelas, luz en brazo, inflexibles, insobornables, que son las estrellas. Ellas presiden con sus luces la esfera parmenídica sin resquicios ni resquebrajadura alguna por donde entre el caos. Al amanecer el gallo entona su pregón al universo: todo sigue siendo. Y la tozudez del gallo parece decir que no quiere callarse, que es la diana necesaria de la creación.

Sólo la muerte es límite necesario nuestro. Pero la muerte no es un accidente, sino ley necesaria.

También Guillén ha poetizado la muerte. La ciudad de los muertos que es el cementerio con su verdor, con sus muros encalados, es una ciudad de remanso, de paz. Y como el fruto cae del árbol, así el hombre se desprende de la vida. Y hay que tener la dignidad de obediencia:



*...Y un día entre los días el más triste
será. Tenderse deberá la mano
sin afán. Y acatando el inminente
poder diré sin lágrimas: embiste,
justa fatalidad. El muro cano
va a imponerme su ley, no su accidente.*

Pero hasta la muerte queda vencida, en cierta manera, por el amor. Por el amor se llega a la existencia en su mayor profundidad. Se llega a la posesión total, a la exaltación del ser.

*Henos aquí. Tan próximos,
¡Qué oscura es nuestra voz!
La carne expresa más.
Somos nuestra expresión.*

En eso consiste el ser, según vimos. La plenitud en su expresión. Por el acto del amor el ser se expresa, se muestra, se patentiza, somos nuestra expresión. Nos penetra en la realidad el amor; nos implanta en la existencia; empieza por él el gran enlace.

Pero, además, por el amor se triunfa de la muerte. No es mero capricho, ni sentimentalidad mal entendida—Guillén tiene poco de eso—el que haya cantado a la luz natal, al padre; y que haya cantado al hijo. Entre el padre y el hijo, procediendo de uno, continuándose en otro, él en medio, se enlaza una cadena eterna.

El hijo es más vida. Este milagro del mundo que es el hijo ¿cómo es posible que se realice? Guillén se queda sin saber qué decir, asombrado ante tanta perfección. ¿Porque se pregunta por qué gracia de viaje acertamos a estar en otro? Canción alborozada de Guillén ante el hijo.

*Hijo, resplandor
de mi júbilo*

.....

*Gracias a ti, figura de mi amor bajo el sol,
restituído
todo a esa luz...*

.....

*Heme aquí de mi noche liberado,
neto.*



El hijo cadena necesaria en la gran creación:

¡Cuántos siglos ahora sosteniéndote,

Con el hijo, prolongación de la propia vida:

*La mirada mía verá
con tus ojos
el mejor universo:
el de tu asombro.
A través de tus horas, sin descanso
más allá de la muerte,
hasta el año 2000 he de llegar
calladamente.*

.....

*La creación en creación
es quien te sitia.*

El hombre, pues, ha de entregarse al mundo que le llama para sí. El mundo que se le impone y le subyuga.

Existencia; ni sueños ni soliloquios perturbadores, sino vida, más vida en cada momento; entregarse al ritmo del universo.

*Basta ya.
¿Para qué tanto
soliloquio? Siempre a ciegas,
corrompe tanto soñar.
Vivir es gracia concreta.*

Los recuerdos que tenían tanta importancia en Machado, que eran el núcleo esencial de su poesía, ya que con ellos fabricaban las doradas abejas blancas cera y dulce miel; de los que sacaba la noria sus cangilones llenos de sueños, para Guillén son pura nada. Los recuerdos no son más que ausencia. A veces se cae en ellos, pero hay que desterrarlos:

*Cedí,
me abandoné,
 confié a la tiniebla
toda el alma y su peso
 para profundizar
hasta el fondo arenoso que el desvarío puebla.*



¡Ay!

Emergi. ¡Qué dicha sobre el nivel del mar!

Sí, Guillén ha dicho que huelga la vanidad. La duda absurda no tiene entrada en el mundo suyo. Este es un mundo en el que hay que afinar los pies y tactarlo, no separarnos de él con elegantes abstracciones. Por eso trae a colación unos versos de Lope:

*No es esto filosófica fatiga,
trasmutación sutil o alquimia vana
sino esencia real que al tacto obliga.*

Si fallase el mundo, que no puede fallar, fallaríamos nosotros. Que los sabios duden si quieren, que se llenen de abstracciones elegantes. Guillén sabe que están negando la vida y están tratando de quebrar una vida inquebrantable.

*Héme aquí solidario
del día tan repleto,
sin un solo intersticio
por donde se deslice
la abstracción elegante de una duda.
Duden con elegancia los más sabios.
Yo, no ; Yo sé muy poco!
Por el mundo asistido,
me sé, me siento a mí sobre esta hierba
tan solícitamente dirigida.
¡Jornalero real!
También de mi jornada jornalero,
voy pisando evidencias,
verdores.*

Mas los hombres se empeñan en sus luchas, en sus intereses bastardos y crean un orden que es desorden.

En los últimos cánticos se acentúa una nota de melancolía. En el último *Cántico* llega a decir que el mundo de los hombres es malo.

¡Ah de la vida! ¡Nadie me responde ?



pregunta con Quevedo.

*¡Imperen mal y dolor!
En mi semblante un sonrojo
de inaptitud se colore.
No cedo, no me abandono.*

Oye el mal a su alrededor, pero Guillén cree en el mundo, aunque no crea en los hombres:

*El alma quiere acallar
su potencia de sollozo.
No soy nadie, no soy nada,
pero soy —con unos hombres
que resisten y sostienen
mientras se agrandan los ojos
admirando como el mundo
se tiende fresco al asombro.*

